

EL DISCIPULADO CRISTIANO

Por Rev. Lic. Jorge Braco C.

INDICE DE CONTENIDO

EL DISCIPULADO CRISTIANO.....	1
INTRODUCCIÓN	2
I. EL DISCIPULADO CRISTIANO	3
1. El discipulado. -	3
2. La integridad del cristiano. -.....	5
3. El llamado personal para una vocación universal. -.....	11
a) Características personales de los discípulos	15
b) Aptitudes personales de los discípulos:.....	15
4. La ética del amor a sí mismo para amar a los demás. -.....	16
II. ACCIONES NECESARIAS EN EL DISCIPULADO	20
A. Proceso del discipulado cristiano	20
1. Ganar.....	20
2. Consolidar:	21
3. Discipular:.....	22
4. Enviar:.....	22
B. La importancia de las células de discipulado	23
1. Concepto de célula.....	23
2. Organización.....	24
3. Propósito.	25
CONCLUSIÓN. -	27
NOTAS. -.....	28
BIBLIOGRAFÍA.....	28

INTRODUCCIÓN

El discipulado, en la Biblia, es considerado como un estilo de vida, una forma de pastoreo personalizado y una estrategia para el cumplimiento de la Misión.

En varios textos de la Biblia se relatan visiones que Dios da a su pueblo para el cumplimiento de un propósito. Esas visiones siempre tenían el objetivo de traer una orientación o dirección; en otros casos, Dios las utilizaba para llamar la atención a algo que Él deseaba comunicar lo que quería fuese hecho. De alguna manera, las visiones eran un medio de Dios para comunicar su voluntad al pueblo y motivarlos a ponerla en práctica.

En el Antiguo Testamento, muchos líderes fueron llamados por Dios para guiar, orientar y pastorear a Su pueblo. Tal el caso de los profetas, jueces, reyes y maestros de la ley.

En el Nuevo Testamento, una vez más Dios nos orienta a hacer su voluntad a través de Jesucristo y nos renueva la visión del discipulado (Mateo 28:19-20). El discipulado no es un programa, es algo más que eso, es la puesta en práctica de ser fiel al Señor y llevar Su palabra a otros que no la conocen.

Para que eso ocurra, necesitamos comprender a cabalidad el discipulado. ¿Qué es y qué no es discipulado? ¿Cómo ocurre? ¿Qué pretende? ¿Cómo vivenciarlo en la práctica? ¿Qué se espera de los que se envuelven con el discipulado (expectativas)? ¿Cómo y dónde ocurre? Eso implica que debemos saber qué es el discipulado, considerar que es necesaria la integralidad del cristiano (bio-psico-social-espiritual), tener en cuenta el llamado personal del cristiano para una vocación universal, y practicar la ética del amor a sí mismo, para poder amar a los demás.

Es bueno aclarar que cuando se habla de discipulado, no estamos hablando de términos que describen el discipulado y que han llegado a degradarlo. Hablamos de un discipulado verdadero. Hablamos de un discipulado que no es un programa, donde existe un plan de estudios y que el creyente espera graduarse; tampoco estamos hablando de un grupo de principiantes; menos de nuevos cristianos solamente; el discipulado no es un grupo de estudio sobre algún tema; no solamente para líderes; ni tampoco es para los más cultos. ¡Nada de eso!

Esperamos poder abordar aquí todas preguntas, esperando dar unas pistas prácticas para los que pretenden involucrarse con el discipulado y desarrollarlo en sus comunidades de fe.

Sin duda que el modelo de discipulado que proponemos es el de nuestro Señor Jesucristo, quien fue enviado por Su padre a cumplir una misión, que tenía que ver con la salvación de la humanidad, lo que implicaba ser obediente hasta la muerte, muerte en la cruz. Él supo estar en los momentos difíciles y asumir su ministerio con amor y humildad. Que tuvo compasión por los menos favorecidos, los enfermos, los pecadores y marginados de la sociedad. Su sacrificio vale la pena tenerlo en cuenta en el cumplimiento del discipulado.

Antes de terminar, es necesario destacar que este tema del discipulado, ha generado varias propuestas en su puesta en práctica en la vida de las iglesias. Para algunos, el discipulado es simplemente una reunión de cristianos interesados en conocer más de la palabra de Dios y pasarla bien en compañía de los hermanos. Para otros, el discipulado es una cuestión esencial de ser cristiano fiel al Señor, que implica amarle con toda nuestra mente, con toda nuestra fuerza y con todo nuestro corazón, y a la vez somos convocados por el Señor para amar a nuestro prójimo.

La primera actitud ha llevado a conformar iglesias refugios, sin ninguna trascendencia en la comunidad de que los rodea. No hay llamado al discipulado. La membresía ha disminuido grandemente, hasta el punto de verse obligados a cerrar los templos, alquilarlos o venderlos, en última instancia. Muchas de estas iglesias se encuentran en el norte de nuestro hemisferio y en ciudades. Son iglesias sin discipulado.

La segunda, es la que conlleva a predicar la Palabra y hacer el llamado al discipulado a los nuevos convertidos, conformando los pequeños grupos, las células, o grupos de pacto. Generando la participación activa de toda la congregación, motivando a una vida consagrada a Dios y preocupándose por los otros, los nuevos, los que se acercan a los grupos, siendo solidarios entre ellos. Es una iglesia dinámica, activa, discipuladora y solidaria.

Por último, no debemos olvidar las palabras de Jesús: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.” (Mateo 28:19-20).

I. EL DISCIPULADO CRISTIANO

1. El discipulado. - El discipulado es una visión establecida por el Señor Jesús de ser un discípulo para hacer discípulos. El objetivo es cambiar las personas comunes en verdaderos discípulos del Señor a través de nuestras vidas. En Juan 15:8 Jesús dice que el Padre es glorificado, cuando fructificamos. De tal manera el discípulo no es conocido por el tiempo de permanencia en la iglesia ni por los cargos que ocupa, sino por sus frutos...”por los frutos se conoce al árbol” (Mateo 7:16-20).

Sin duda que hablar de discipulado, es hablar del testimonio cristiano en el mundo. Hoy en día no es fácil ser cristiano, ni lo será en el futuro. Los que queremos ser fieles seguidores de Jesucristo, vivimos en una constante tensión. Oímos el llamado del Señor y respondemos con arrepentimiento y gozo su invitación de la salvación. Sin embargo, a medida que vivimos esta salvación el llamado se hace más complejo y difícil, ya que vivimos en tiempos turbulentos y de incredulidad. Muchas veces se nos presenta un dilema: estar en el mundo y no ser del mundo. De pronto, tomamos nota que el Maestro anduvo por caminos polvorientos, estuvo en fiestas, matrimonios judíos, se sentó a la mesa con los publicanos, comelones y bebedores, caminó entre los pecadores y enfermos,

dialogó con prostitutas, ladrones e hipócritas. Ante todo, ello, nos preguntamos: ¿cómo ser discípulo del Señor en nuestra actual sociedad?

Jesús al hacer el llamado a ser sus discípulos, pone una sola condición, que es incondicional: “Sígueme”, un llamado a la obediencia. Simón y Andrés fueron los primeros convocados (Mateo 4:18-22). No les dio tiempo para pensar o reflexionar lo que implicaba ese llamado. No hubo ninguna promesa de recibir algo, a cambio de seguirle. La única recompensa era el de ser parte del plan salvífico. Esta decisión de seguir al Maestro, implicaba correr riesgos y tener la voluntad de abandonar todo lo que el mundo considera importante, a cambio de recibir la vida eterna.

Esta condición de ser discípulo, conlleva un costo, un precio, tal como lo señala el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, en la introducción de su libro el Precio de la Gracia. De ahí que para los cristianos de este siglo ser discípulo de Jesús exige un alto precio a la medida en se enfrentan con la triste realidad de la injusticia, la opresión, la marginación, la miseria, la corrupción, la violencia y el martirio. No es fácil mantenerse íntegros ante estas situaciones adversas. Resumiendo, nos desgastamos y sufrimos tanto, haciéndole frente a la lucha cotidiana por sobrevivir a las presiones de esta influencia, que parece que no tuviéramos fuerzas -física, emocional, intelectual o espiritual- para involucrarnos más en las luchas de los mártires en nuestros propios países, y aún en el resto del mundo.

Esta situación genera una angustia, ante preguntas como éstas: ¿qué podemos hacer ante los problemas del mundo? ¿Cómo podemos hacer algo, para solucionar los problemas? Las noticias aumentan más nuestra angustia. Cada día se ve personas hambrientas buscando alimentos entre la basura, niños abandonados por sus padres, violación de niñas en sus casas por sus familiares, corrupción en todos los estratos sociales y del gobierno, mujeres violentadas por sus parejas.

Por otro lado, el discipulado es una estrategia dejada por Jesucristo para el desarrollo de líderes. Fue en el proceso del discipulado que Jesús reclutó, escogió y formó los apóstoles que se volverían los líderes de la iglesia primitiva. Ahora, como acción, el discipulado es una relación personal y comprometida donde un discípulo más maduro ayuda a otros discípulos de Jesucristo a acercarse más a Él y así, poder dar frutos.

Quien desea hacer discípulos necesita estar dispuesto a invertir su vida en la formación de otros, pues el discipulado sólo ocurre a través de relaciones personales y estar comprometidos, es decir, que es necesario el tiempo para poder discipular.

Discipulado no es sólo transmisión de información, no es sentarse en un día y con horario definido para trabajar sobre un texto base; eso también ocurre con cualquier discipulado, pero sólo eso nos es discipulado, eso es lo que llamamos tiempo de estudio (que puede, o no, ser bíblico). El discipulado va más allá, apunta al crecimiento cristiano de la persona, mira en la práctica de lo que se

está enseñado, apunta para el desarrollo de la persona en cumplir la voluntad de Dios como verdadero discípulo de Jesucristo.

Finalmente, ser discípulo es ser un seguidor integral del Maestro, por eso precisamos entender que los discípulos son de Jesucristo, no son nuestros, Él es el Maestro. Cuando un discipulador se refiere a alguien como su discípulo, en verdad él sólo está queriendo precisar que él tiene la responsabilidad de ayudarlo a crecer y a acercarse a Jesús para que dé frutos. El discipulador es en verdad un facilitador, orientador, un guía que debe servir de modelo y apoyo para llevar el discípulo al Maestro que es Jesucristo y, mientras ayuda al discípulo a crecer y a acercarse a Jesús, él también crece, pues da y recibe.

Así que, si pretendemos involucrarnos en el discipulado, hay que tener en cuenta que el cuidado y amor por las personas con las cuales desarrollaremos relaciones no se conviertan en sentimientos de posesión o demasiado celo.

2. La integridad del cristiano. - Es bueno tener en cuenta el concepto de integridad que nos brinda un artículo en la página web: Significados (1). La integralidad de la persona tiene que ver con el concepto de integridad, que

“deriva de la palabra latina integrītas o integrātis, que significa totalidad, virginidad, robustez y buen estado físico. Este término se deriva del adjetivo integer, que significa intacto, entero, no tocado o no alcanzado por un mal. Observando las raíces de este adjetivo, este se compone del vocablo in-, que significa no, y otro término de la misma raíz del verbo tangere, que significa tocar o alcanzar; por lo tanto, la integridad es la pureza original y sin contacto o contaminación con un mal o un daño, ya sea físico o moral. Así, integridad se refiere a la calidad de íntegro y también puede referirse a la condición pura de las vírgenes, sin mancha. La integridad es el estado de lo que está completo o tiene todas sus partes, es la totalidad, la plenitud. Lo íntegro es algo que tiene todas sus partes intactas o puras.

Con respecto a una persona, la integridad personal puede referirse a un individuo educado, honesto, que tiene control emocional, que tiene respeto por sí mismo, apropiado, que tiene respeto por los demás, responsable, disciplinado, directo, puntual, leal, pulcro y que tiene firmeza en sus acciones, por lo tanto, es atento, correcto e intachable. La integridad, en este último caso, es la cualidad de quien tiene entereza moral, rectitud y honradez en la conducta y en el comportamiento. En general, una persona íntegra es alguien en quien se puede confiar. Como derecho fundamental, la integridad personal o física se relaciona al derecho a no ser objeto de vulneraciones en la persona física, tales como lesiones, torturas, tratos inhumanos, penas crueles, o la muerte. En este sentido, ser íntegro significa tener salud, estar entero, sin daños. Una

persona íntegra es también aquella que no se queda en una sola actividad, sino que se mueve por las distintas áreas del conocimiento, posee una amplia gama de aptitudes y capacidades.

La integridad moral se define como la cualidad de una persona que la condiciona y le da autoridad para tomar decisiones sobre su comportamiento y resolver los problemas relacionados con sus acciones por sí misma. Está relacionada con los pensamientos, los comportamientos, las ideas, las creencias y la forma de actuar de cada individuo. Con respecto a las creencias, la integridad moral es el comportamiento del ser humano para hacer lo que debe hacer de acuerdo a lo que Dios manda. Todas las constituciones democráticas modernas recogen el derecho fundamental a la integridad moral.”

María de los Ángeles Uribe Solís, en su tesis: “*La Integración Humana en la Vida Consagrada*”, señala que:

“La dimensión carismática de la vida consagrada nace y vive de la acción gratuita del Espíritu que la suscita y la mantiene, sea en la unidad de su inspiración fundamental que, en la variedad de sus expresiones históricas, y no cesa de estimularla a cumplir dinámicamente en la Iglesia la misión que le ha sido asignada.

Ese don siempre vivo del Espíritu protege a la vida consagrada para poder mantenerse y difundirse a beneficio de la Iglesia, tomando forma en estructuras oficiales, destinadas a servirlo. De esta forma, los carismas se presentan como diversas modalidades de practicar y de especificar los consejos evangélicos en vista de una misión definida. Por esto, la misión para los consagrados, se convierte en una responsabilidad más explícita a trabajar por la implantación del Reino”.(2).

La misma autora, desarrolla en su tesis, la dimensión humana en la vida consagrada, desde una visión integral, en sus aspectos antropológicos: la filosófica, la teológica y la psicológica. (3). Sería bueno revisar dicho trabajo, que por la limitación del espacio no lo podemos desarrollar con más amplitud.

Ahora bien, en el discipulado, este aspecto de la persona es de vital importancia. Un discípulo de Jesús debe reunir estas características mencionadas arriba, ya que todo su ser, la totalidad de la persona, debe estar en concordancia con los principios y valores de la fe cristiana. La integralidad del cristiano tiene que ver en sus aspectos de su naturaleza bio-psico-social-espiritual. Bien podríamos decir que estamos hablando de la santidad del cristiano, desde lo que las Escrituras la definen. De ahí que el discípulo de Jesús debe vivir en plena santidad.

Otro aspecto que tiene ver con la integridad del cristiano, del discípulo, es el carácter del mismo. La santidad está ligada al carácter del cristiano. Estos aspectos los desarrollaremos a lo largo de este trabajo.

No debemos olvidar que el cristiano de hoy no está aislado, vive en una sociedad que constantemente nos desafía a tener un modo de vida que de testimonio de los principios y valores del reino de Dios. Las noticias, bombardean nuestro diario vivir con escenas de violencia, guerra, muerte, corrupción y situaciones de marginación social. Vivimos en un contexto en que las personas relativizan los valores éticos para lograr sus fines egoístas. Es en este contexto donde el cristiano, el discípulo, debe poner en práctica el fruto del Espíritu como principio ético y espiritual, para transformar la realidad humana. En una sociedad donde el pecado tiene lugar, es necesario que la santidad de vida y el carácter, sean manifiestos.

Según el apóstol Pablo, en su libro a los Gálatas, señala que el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. (Gálatas 5:22-23). El "Fruto del Espíritu y la "Santidad" deben ser vivenciados como fundamentos para una vida saludable. El discípulo debe estar comprometido con el estilo de vida que trascienda los valores mundanos y al estilo de vida signado por la mediocridad. Todo discípulo, con la acción del Espíritu Santo, vive un modo de vida marcado por el carácter de Cristo.

En este sentido, el carácter del cristiano debe reflejar una vida íntegra, que le ayude a conocer el carácter de él como una persona de confianza, calificada para un liderazgo en el discipulado. Lo contrario nos lleva a preguntarnos: ¿Por qué ciertas personas que están en el discipulado no son personas auténticas? ¿Por qué aparentan ser espirituales? Este es el problema más grande del discipulado: la falta de un carácter recto.

El carácter, es básico para todas las decisiones éticas. Quién es usted determina lo que usted hace. Jesús dio importancia a esa verdad en sus enseñanzas (Mateo 5-7). De ahí que el carácter sea el principio de la naturaleza moral interior. El carácter, como es difícil de definir, es mejor entenderlo desde cómo se forma y cómo funciona en la vida ética cristiana. Como alguien ha dicho "lo que somos, es el determinante último de lo que hacemos".(4)

Ahora bien, es necesario saber en qué consiste el carácter del discípulo, de acuerdo al fruto del Espíritu. El obispo Nelson Campos Leite y el Rev. Emanuel Siqueira Da Silva, de la Iglesia Metodista de Brasil, en su obra "El Carácter del Cristiano" (5), manifiestan que de acuerdo con Gálatas 5: 22-23 el carácter del discípulo debe ser:

- Amoroso. - El texto de Juan 13:34-35 nos enseña que los discípulos del Señor deben ser reconocidos por el amor. Ellos deben estar dotados de la capacidad de vivir en amor y demostrar amor, a fin de que no sean solamente un "metal que resuena" (1 Corintios 13:1). Nuestra vida, familia, trabajo y ministerio serán más eficaces si en todas esas áreas el amor de Dios reina en nuestros corazones.

- Alegre. - La alegría cristiana es el fruto de la presencia del Señor en nuestras vidas, es el actuar del Espíritu Santo en nosotros, por lo que genera gozo, contentamiento, satisfacción, júbilo. La confianza de que Dios es con nosotros (Mateo 1:23) es lo que genera la confianza y la alegría que nadie no la puede quitar.
- Pacificador. -El discípulo debe tener una paz interior, que es una paz con nosotros mismos, y una paz exterior, que es una paz con los otros. Esta paz es el resultado de la gracia de Dios en nuestras vidas. Todo discípulo siempre debe ser un pacificador en medio de los problemas o situaciones de violencia. La paz no es el resultado de la ausencia de conflictos ni la falta de problemas; ella es el fruto del Espíritu Santo en nuestras vidas. Jesús dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Juan 14:27).
- Perdonador. - El perdón es uno de los temas de mayor complejidad en la vida cristiana. No es fácil perdonar. El perdón no es opcional, es algo que estamos obligados a practicar, que hace parte de la vida cristiana y es la muestra de un corazón transformado. El discípulo debe tener este carácter en todo tiempo y lugar. El texto de Mateo 18:23-35 nos enseña sobre la esencia del perdón.
- Bondadoso y Benigno. - La bondad es una característica que debe estar impresa en el carácter del ser humano. Dios es bondadoso (Salmo 33:5). La benignidad es una característica del carácter de Dios; por lo tanto, debe estar reflejada en nuestras vidas. (Salmo 31:7).
- Fiel. - Ser fiel es ser digno de confianza; es aquel que hace lo que se le ha pedido y lo cumple, en el tiempo acordado. En el texto de Mateo 25:21, se nos dice que el siervo que es hallado fiel es recompensado por su Señor. Como discípulos del Señor seremos recompensados por nuestro Señor si somos hallados fieles.
- Manso. - La mansedumbre es la capacidad de discrepar sin dejar de ser agradable; de soportar el dolor sin venganza; de asimilar el golpe sin represalia. Ser manso no es dejarse dominar por sus sentimientos aún en circunstancias adversas. Jesús dijo: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad” (Mateo 5:5).
- Siervo. - La vida cristiana es una vida de servicio a Dios y al prójimo. El discípulo es llamado a servir (Mateo 20:27-28). No hacemos discípulos para hacer discípulos, recibimos para compartir: los dones y ministerios son para el provecho de los demás y el perfeccionamiento de los santos (1 Corintios 12:7; Efesios 4:11).
- Enseñable. - El discípulo debe ser una persona enseñable, dispuesta a aprender, humilde para recibir la enseñanza de otros. Ser enseñable es estar en crecimiento constante – cuando dejamos de aprender, dejamos de crecer. Es continuar en dirección a la meta (Filipenses 3:14).

- Sumiso. - Ser sumiso es escoger someterse, sujetarse: estar dispuesto a aceptar un estado de sujeción; es escoger estar bajo autoridad. Si escogemos ser discípulos de Jesucristo, seguidores del Maestro, no tenemos otra opción a no ser que la de obedecer, ser sumisos. Esto implica obedecer la autoridad establecida por Dios, cuando escogemos la sumisión, honramos a Dios, pues nos sujetamos a los principios establecidos por Él. En Mateo 28:18, Jesús declara que toda autoridad le fue dada en el cielo y en la tierra. El discípulo reconoce esto y se somete a Jesucristo como su Señor.

Luego de ver lo referente al carácter del cristiano, del discípulo, es necesario abordar el tema de la santidad, ya que está íntimamente ligada al carácter del cristiano.

La santidad, es un tema que se desarrolla en toda la Biblia. Es un asunto que muchos teólogos han abordado. Incluso Juan Wesley, fundador del metodismo, lo desarrolla como uno de sus pilares en su pensamiento teológico.

Una de las cosas que debemos tener en claro, es que sin santidad de vida no hay discipulado, ni bendición de parte de Dios.

Como herencia de Juan Wesley, hemos recibido su pensamiento teológico y su testimonio de vida. Un aspecto importante en su reflexión teológica acerca de la vida cristiana es el tema de la vida en santidad. El vivir en santidad significa iniciar un camino de perfección cristiana, después de haber sido perdonado y justificado por la fe en Jesucristo.

Cuando uno reflexiona sobre este concepto, la primera impresión que se tiene es que se está perdiendo el tiempo. Sin embargo, esta falta de reflexión sería sobre el asunto en mención es causa de muchos problemas personales y sociales. Muchos filósofos de la Grecia antigua consideraban que hablar sobre este asunto no era pérdida de tiempo, sino por el contrario, una ganancia. Muchas de sus obras nos hablan de esa inquietud existencial. Por otro lado, los atenienses mataban a los niños recién nacidos si éstos nacían con algún defecto físico. Dos caras sobre el mismo asunto.

Diversos teólogos de la Iglesia han tratado este tema en sus escritos o sermones, entre ellos tenemos a Juan Wesley quien escribió un sermón acerca de la perfección cristiana (Ver Sermón N°40 en el III volumen de las Obras de Wesley). Sin embargo, hoy en día se sigue preguntando: ¿Qué es la perfección? Se entiende por perfección, la calidad de ser íntegro, cabal, estar completo; sin falta ni deficiencia alguna. Ésta consiste en alcanzar la plena madurez para hacer lo que es bueno, agradable y perfecto (Romanos 12:2).

En la Biblia encontramos que Dios en su perfecto amor creó al ser humano perfecto (Génesis 1:26). Por lo tanto, una persona es perfecta si cumple el propósito para el que Dios lo ha creado. El propósito de Dios es que el hombre y la mujer sean sus colaboradores en la Creación, que generen el bienestar de todos los hombres y mujeres. Pero estos personajes cometieron un pequeño error, consideraron que podían ser iguales a Dios. Este error los llevó a perder la condición de ser perfectos.

Muchas personas, hoy en día, se creen perfectas y que no hay ningún error o deficiencia en ellas. Creen ser los más bellos, saberlo todo y tener el poder para lograr lo que quieren. Otros recurren a una serie de artificios para lograr este fin, por ejemplo, unos recurren a la cirugía estética para corregir cualquier defecto en su físico. Otros se esfuerzan en los gimnasios por conseguir un cuerpo musculoso y aparentar un buen físico. Hoy más que nunca hay tantas otras formas de embellecer el físico. Para lograr ello se puede gastar cualquier cantidad de dinero y tiempo. No hay límite para querer ser perfecto físicamente.

Pero cuando uno les pregunta a estas personas, que se consideran perfectas, acerca de temas existenciales o trascendentales, muchas veces no hay respuestas. Físicamente son "perfectas", pero con respecto al conocimiento no lo son. La belleza física no es señal de perfección, es sólo un aspecto. La belleza integral es tanto física como espiritual. Hay muchas personas que sin ser bellas físicamente tienen en su interior una belleza espiritual. Desde sus defectos han sabido luchar para salir adelante. De ellos tenemos que aprender mucho. Debemos siempre tener en cuenta que en todo proceso de perfección hay un margen de error, de ahí que nadie es tan perfecto en esta vida para ser libre de toda ignorancia.

Todo creyente en el Señor al iniciar su nueva vida en Cristo, empieza un nuevo camino, es decir, da lugar a un proceso nuevo de pulir su vida, de adecuarla a las nuevas exigencias de calidad de vida que demanda el evangelio; en otras palabras, es el camino a la perfección. De ahí que la vida cristiana es ese constante proceso de perfección, pero de una forma sostenida, caminando las huellas de nuestro Maestro Jesucristo. Como todo proceso, la vida cristiana no implica quedar exentos de la ignorancia o del error, de los defectos o de las tentaciones. Repetimos, la vida cristiana es un proceso de crecimiento continuo y sostenido en la fe. Creer en el Señor Jesucristo es nacer de nuevo, nos libera de todo pecado y nos hace vivir en libertad para actuar en confianza, sin temores. Esto es lo que Jesús explicó a Nicodemo.

Juan Wesley experimentó este nuevo nacimiento en carne propia. Si en el caminar caemos, Él nos levantará y seguiremos hacia la meta. Salomón decía que no hay hombre que no peque (1 Reyes 8:46; 2 Crónicas 6:36); Un predicador del Antiguo Testamento nos dice que no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque (Eclesiastés 7:20); Finalmente, el apóstol Pablo se gloriaba en sus debilidades para poder descansar en el poder de Dios (2 Corintios 12:7-10).

Todos tenemos una carrera por recorrer, pelear muchas batallas, ganar muchas victorias y crecer mucho más para recibir el premio que el Señor nos ha prometido.

Sólo aquél que está fortalecido en el Señor y que ha vencido el mal con el bien, puede afirmar que es perfecto. No se es perfecto en la vida cristiana sólo porque ya hemos sido bautizados en la fe cristiana, o porque asistimos todos los domingos al culto, o porque hacemos alguna obra de bien. Pensar así es un grave error. Tenemos que vivir una vida en santidad, tanto personal como social, para poder, de esa manera, agradar a Dios y a los hombres.

Para poder lograr esa perfección que el Señor nos demanda es necesario iniciar un proceso ecológico en nuestro ser: "Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Corintios 7:1). Se trata de una nueva disciplina, la ecología de nuestro ser. Nuestro ser necesita vivir en paz, en alegría y en plenitud. Éstos son los frutos de la santidad. Las preocupaciones, las dudas, los temores, la envidia, toda situación de pecado; atentan contra esa ecología de nuestro ser, porque lo contaminan. El Evangelio es el manual para aplicar esta disciplina. El desafío del Señor es permanente: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mateo 5:48).

Por último, el apóstol Pablo nos aconseja tener una actitud en la vida: "Olvidándonos ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndonos a lo que está delante, prosigamos a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3:13-14).

3. El llamado personal para una vocación universal. - Como hemos venido diciendo, el discípulo de Jesús es aquel que es un seguidor integral del Maestro. Que ha hallado perdón y la reconciliación personal en Cristo, pero que la consecuencia de esto es un discipulado que nos devuelve al mundo, donde nuevamente somos confrontados por las realidades del pecado, del sufrimiento y la maldad, aún nuestros propios pecados.

Analicemos la palabra discípulo. Un discípulo, *mathetes* en griego, es un aprendiz o seguidor, alguien comprometido con un importante maestro y que requiere sumisión. (Efesios 5:18-21). Según Michael Wilkins, profesor de lenguaje y literatura del Nuevo Testamento de la escuela de teología Talbot, describe así este término:

"Discípulo es el principal término empleado en los evangelios para referirse a los seguidores de Jesús, también era la manera común e referirse a los que en la iglesia primitiva eran conocidos como creyentes, cristianos, hermanos o hermanas, los del Camino o los santos, aunque cada término enfoca diferentes aspectos de las relaciones de esos individuos con Jesús y con quienes sostenían la misma fe. Esta palabra se usó muy frecuentemente con ese sentido específico; al menos 230 veces en los evangelios y 28 veces en el libro de los Hechos". (6) .

Demás está decir, que el llamado es personal y que éste tiene una dimensión universal. También hemos dicho que cuando Jesús llamó a Simón y a Andrés, este llamado fue a título personal, no hubo tiempo para consultar con la familia o los amigos. La decisión fue una decisión personal y al paso. Tampoco se le hicieron ofrecimientos de mejorar su economía o su estatuto social. Nada de eso. La decisión estaba basada en la voluntad de abandonar todo lo que tenían por algo diferente, en este caso el reino de Dios. Sin embargo, implicaba obediencia. La disyuntiva que se le presentaba era el seguirle ahora o nunca. ¡Era una aventura de fe y una nueva oportunidad de ser alguien importante para el Señor!

Hay en la Escritura dos ejemplos, no son los únicos que podemos encontrar, de discipulado personal, que sin embargo tuvieron una trascendencia universal. Es el caso de Rahab (Josué Cap. 2) e Isaías (Isaías 6:1-8).

Estos dos relatos bíblicos encierran una verdadera enseñanza con relación a nuestra vida espiritual y al discipulado. Son dos lugares distintos, dos tiempos distintos, dos personajes distintos y dos opciones distintas también. Jericó y el templo de Jerusalén; tiempos de la conquista y tiempos de la monarquía; una ramera llamada Rahab y un profeta llamado Isaías; ella será linaje de Jesús y él su gran profeta.

En el relato del capítulo segundo del libro de Josué se describe una situación que aparentemente no pasa de cumplir con una misión encomendada a dos varones. Sin embargo, analizando con cuidado, veremos cómo Dios tiene algo preparado que va más allá de cumplir una misión. Dios tiene algo especial para una persona especial: Rahab.

La historia señala que Josué ha enviado a dos espías a la ciudad de Jericó con el propósito de hacer un reconocimiento. Ellos deciden entrar a la casa de una ramera llamada Rahab. Una pregunta previa, que llama la atención: ¿Por qué entrar a una casa de prostitución y no a otro lugar? La respuesta sería, porque en ese lugar todos los varones acuden ahí y las mujeres suelen comentar muchas cosas con ellos. Es un lugar muy público. De esa manera, los emisarios de Josué, estarían al tanto de lo que sucede en la ciudad y de sus secretos.

De pronto el rey entra en la casa de Rahab y le pide que entregue a estos dos varones. Ella toma una actitud valiente y los esconde para que no sean vistos. Engaña a su rey y los desvía de su propósito. ¿Por qué ella tomó esta decisión? ¿Qué le llevó a proteger a dos extraños? ¿Por qué arriesgó su vida y la de su familia? Preguntas que nos hacemos ahora. Una respuesta podría ser, porque ella ya había escuchado que existía un Dios Todopoderoso y que las señales de su poder estaban a la vista. Rahab quería saber más de ese Dios llamado Jehová. Por eso, no perdió la oportunidad de conocer más de Él a través de los varones que escondió -estos varones no se imaginaron que Dios los iba a usar como instrumentos de salvación para esta mujer. Pero también ella quería ser salva de la condenación que vendría con la llegada del pueblo de Israel, pueblo de Dios. La gracia anticipante de Dios ya estaba trabajando en ella y le estaba preparando el camino de su salvación y la de su familia.

En el diálogo que ella sostiene con los dos varones, les da a conocer que sabe del Dios verdadero y que quiere ser salva junto con su familia. Para lograr tal propósito, establece un pacto con ellos: ella los protegerá y ellos la salvarán junto con su familia. Para eso habrá una señal que confirmaría el pacto, la señal será una cinta roja. Cuando pase el ejército de Josué, la cinta roja la salvará de la destrucción y de la muerte. ¿Nos recuerda algo esta actitud? ¿No es algo similar a lo que ocurrió en Egipto con el pueblo de Dios? En verdad, sí. ¿Es una casualidad humana o una voluntad de Dios? Lo cierto es que ella confió en estos varones y les hizo hacer una promesa de que cumplirían con lo pactado.

La historia nos dice que efectivamente ella fue salvada junto con su familia de la muerte y que ella llegó a creer y confiar en Jehová, el Dios de Israel. Rahab cambió su vida, dejó de ser una ramera. Se acogió a la salvación divina. Ella dejó de ser una idólatra para ser una creyente, dejó de ser una enemiga para ser una colaboradora, dejó de ser una pecadora para llegar a ser una santa. Ella después de su salvación, realizó una evangelización y un discipulado entre su familia. Convirtió a su familia al Dios verdadero y fue parte del pueblo de Dios. Al punto que de ella nació Booz con quién se casó Rut y de esa unión nació Obed quien engendró a Isaí y de él nacería el rey David y que, siguiendo la cronología de ese linaje, nacería el Mesías Jesús (Cf. Mateo 1:1-17).

De este acontecimiento histórico-salvífico ocurrido en Jericó podemos aprender que la santidad, la integridad, son necesarias para realizar el discipulado. Sin santidad de vida, una vida íntegra, no es posible el discipulado. Nosotros también pudimos haber estado en una situación pecaminosa, tal vez como Rahab, pero Dios en su infinita misericordia nos habla, nos convence del pecado y nos llama al arrepentimiento para salvarnos y hacernos instrumentos de salvación para otros. ¡No importa cual haya sido nuestro pecado! Al final, ella recibió su recompensa por creer en Dios.

Este es un ejemplo de un llamado personal para una vocación universal.

El otro relato, ochocientos años antes del nacimiento de Jesús, es la experiencia de conversión del profeta Isaías ocurrida en el santo templo de Jerusalén. Su nombre significa: *Yahveh es salvación*, fue uno de los profetas de Israel Siglo VIII a. C., que profetizó durante la crisis causada por la expansión del imperio Asirio. Nació probablemente en Jerusalén 770-760 a.C. y estaba emparentado con la familia real (parece que fue primo de Ozías según la tradición talmúdica). Por sus propias declaraciones se sabe que estuvo casado con una profetisa y tuvo dos hijos y fue hijo de Amoz; se le considera uno de los profetas mayores de Israel.

Con estas referencias, deducimos que Isaías era un varón creyente, que sabía la Ley y que practicaba el diezmo, la oración y otras obligaciones más. Un día como cualquiera él va al templo para orar como de costumbre. No sabe lo que Dios tiene preparado para él. De pronto tiene una visión, ve al Señor sentado sobre un trono alto y unos ángeles volando en el templo que daban voces diciendo que Dios es santo, santo, santo. Además, todo el templo se llenó de humo y las puertas del templo se estremecieron. ¿Qué es lo que estaba pasando? Isaías no sabía nada de lo que Dios le tenía preparado.

Ante esa visión, Isaías exclama: “¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.” (Isaías 6:5). Aquí es bueno detenernos en la reflexión para considerar que, a pesar de su religiosidad, Isaías era un pecador. Confiesa que sus labios son inmundos, no son santos, tal vez habla mentiras, engaña, dice malas palabras, sus pensamientos no son santos. Es decir, vive en pecado aún. ¿De qué le valía ser un religioso? ¿De qué le valía orar todos los días, diezmar, saber toda la Escritura? La santidad no es un concepto, sino un estado de vida permanente.

¡Esa es la diferencia! Bueno, Dios le ha hecho ver a Isaías que así no puede continuar, si es un varón de Dios, debe vivir en plena santidad y ser íntegro ante Dios. La santidad no es una apariencia es una realidad.

Ante esta situación, y con la confesión de Isaías, Dios tiene misericordia de él y lo purifica, lo perdona y lo santifica, para luego darle una misión: discipular a otros. Dar a conocer al Mesías que ha de venir. Es así como un ángel con un carbón encendido le pone en sus labios inmundos y son purificados, la culpa ha sido quitada y limpio su pecado. ¡Santificación! Dios ha santificado a este varón religioso, que solía vivir su religiosidad de una manera equivocada, no de acuerdo a los propósitos de Dios. A muchos de nosotros nos puede pasar lo mismo, somos muy religiosos, celosos cumplidores de la Escritura, practicantes de muchos ritos, no dejamos de dar el diezmo, usamos ropas largas para cubrir nuestra piel, nos uniformamos para ser únicos, oramos constantemente en el templo y en cualquier otro lugar. Pero, todo ello alejado de lo que verdaderamente Dios quiere de nuestra fe: santidad e integridad. La santidad es una condición para agradecer a Dios. De ahí que sin santidad no hay bendición ni discipulado.

Isaías una vez santificado por la misericordia de Dios, ahora está en condiciones de asumir una labor. Es por eso que Dios le pregunta: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?”. En otras palabras, Dios está preguntando a Isaías: ¿Quién predicará las buenas nuevas a la gente? ¿A quién enviaré a discipular a los no creyentes? Isaías ha sido perdonado y santificado, está listo y siente que está preparado para cumplir una misión. Es entonces que responde: “Heme aquí, envíame a mí”. Es después de esta experiencia en el templo con Dios que Isaías se convierte en el gran profeta del Mesías. Ahora sus labios no expresan nada inmundo, ahora anuncian las buenas nuevas del Señor. Escribirá con mucha claridad todo lo referente al Mesías con muchos siglos de anticipación.

Otro ejemplo de un llamado personal para una vocación universal.

Una lección que obtenemos de estas experiencias personales, es que Dios por su misericordia no mira nuestra vida pecaminosa si queremos ser salvos y que de nada vale ser un mero religioso para agradecerle, en todo esto es necesario vivir una vida en santidad y hacer su voluntad para obtener la recompensa. Sólo así podremos realizar la evangelización y el discipulado con eficiencia para que otros conozcan al Señor y sean salvos.

Después de revisar estas dos experiencias sobre el discipulado, es bueno considerar que esta decisión de ser discípulo del Señor, no es solo una decisión humana, aquí interviene la gracia de Dios que nos reconcilia con él y nos hace sus discípulos, sosteniéndonos en todo lo que Él quiera que hagamos. Si en verdad somos salvos por gracia, también somos libres de aceptar o rechazar su llamado. Aquí está en juego nuestra libertad y nuestra fe el Señor. De ahí que nuestro discipulado tenga un alto costo. Sin embargo, en todo momento de nuestra vida debemos recordar las palabras del apóstol Pablo: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31b).

Hasta aquí, hemos afirmado que no se puede ser cristiano sin ser discípulo, y que la fe que Cristo ejemplificó y enseñó requiere más que sólo estar de acuerdo con las verdades religiosas. Significa un compromiso de seguir diariamente a Cristo. El discipulado describe el proceso de seguir a Jesús; es la pieza central de la experiencia cristiana, porque como dijo Dietrich Bonhoeffer: “El cristianismo sin discipulado es siempre un cristianismo sin Cristo”.(7)

La fe cristiana y el seguir a Jesús están irrevocablemente ligados. No se puede tener la primera sin lo otro. Bill Hull, nos propone tener en cuenta las características y aptitudes que deben tener los discípulos: (8)

a) Características personales de los discípulos

- El discípulo permanece en Cristo a través de la palabra y la oración (Juan 15:7).
- El discípulo lleva mucho fruto (v. 8).
- El discípulo responde al amor de Dios con obediencia (vv. 9 y 10).
- El discípulo tiene gozo (v. 11).
- El discípulo ama como Cristo amó (vv. 12 y 13).

b) Aptitudes personales de los discípulos:

- El discípulo se somete a un maestro que le enseña cómo seguir a Jesús.
- El discípulo aprende las palabras de Jesús.
- El discípulo imita la vida y el carácter de Jesús.
- El discípulo encuentra y enseña a otros discípulos para Jesús.

Por último, como ya hemos señalado anteriormente, el discipulado implica santidad e integridad. Pablo nos recuerda este aspecto en su carta a los romanos:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” (Romanos 12:1-2).

Debemos tener en cuenta algo importante para que la gracia de Dios obre en nuestra vida: la gracia de Dios es la única fuerza con que podemos ser discípulos fieles. De ahí que la palabra clave en todo esto es *obediencia*, y eso genera una pregunta que es fundamental para todo cristiano: “¿Cómo sé que soy obediente? ¿Cómo sé si lo que estoy haciendo es la voluntad de Dios? ¿Cómo permanecer fiel en medio de las pruebas?”

Otra vez la respuesta nos la da Pablo: debemos afirmarnos en la gracia de Dios. (Cf. Romanos 8:26-28).

En otras palabras, los cristianos que estamos bajo la cobertura de la gracia de Dios, y que permitimos que la fuerza, el poder, el amor y la paz de Dios obren en nuestras vidas, tenemos la seguridad de ejercer un discipulado obediente. Ahora, esto no significa que somos discípulos perfectos, pero será lo mejor que podamos ofrecer, y será aceptado por Dios.

Por otro lado, los cristianos que se esfuerzan por ser discípulos sin esta gracia, carecerán de la capacidad de obediencia y se encontrarán aprisionados por el dilema de saber lo que deben hacer, pero sin poderlo hacerlo. Dichos cristianos nunca tendrán paz mental, están llenos de constantes dudas, y sentirán que algo les falta.

Por último, debemos procurar que nuestro discipulado sea de calidad y fiel. No debemos dejarnos engañar por las diversas formas contemporáneas de espiritualidad que resaltan el desarrollo de la personalidad humana, descuidando la obra de Dios en el mundo.

4. La ética del amor a sí mismo para amar a los demás. - Una característica para ejercer el discipulado es el amor a Dios y el amor al prójimo. El tema del amor es fundamental en el desarrollo y práctica del discipulado personal y comunitario.

El siguiente relato, que consideramos muy importante con referencia al tema de amarse a sí mismo, es una entrevista realizada a Enriqueta Olivari, autora del libro "El amor de tu vida", (9)

"Amarse a uno mismo es, ante todo, la aceptación incondicional y completa de todos nuestros aspectos.

Tenemos que empezar amando a nuestro cuerpo tal cual es, sin forzarlo a ajustarse a un modelo que nos han impuesto. Amarlo, cuidarlo y respetarlo por dentro y por fuera, incondicionalmente.

Lo siguiente es aceptar y saber expresar adecuadamente todas nuestras emociones, pues cada una de ellas cumple una función positiva, si sabemos cuál es y cómo hacerlo. De lo contrario, nos deprimimos, sentimos ansiedad o caemos enfermos. Por eso la expresión adecuada de lo que sentimos es fundamental para llevar una vida sana y plena de vitalidad.

También hay que aprender a usar nuestra mente, para que podamos utilizarla a nuestro favor, y no en nuestra contra. La mente es una herramienta magnífica, si sabemos cómo sacarle provecho.

Y también es importante conocernos y amarnos a nivel del alma, para crecer espiritualmente y tener vidas realmente significativas.

En mi libro le dedico un capítulo a cada uno de estos aspectos, para que el Amor a uno mismo sea profundo y pleno.

¿Por qué sufrimos por amor?

Porque buscamos y esperamos que los demás nos den el Amor que en realidad ya llevamos dentro. Esto crea relaciones de dependencia y apego, que inevitablemente nos conducen al sufrimiento. Pero si uno se ama a sí mismo, podrá compartir Amor, y en ese compartir hay libertad, respeto, y un profundo crecimiento. Entonces si tenemos con quien compartirlo, lo disfrutamos y lo agradecemos. Pero si no hay nadie, seguimos de todos modos felices con nosotros mismos, pues ya sabemos que el Amor no depende de nadie más, sino que es nuestra condición natural, es nuestro estado de ser.

¿Qué diferencia hay entre amarse a uno mismo y ser egoísta?

La persona egoísta no se ama, no se acepta, en realidad se odia y se castiga. Por eso sólo puede tomar de los demás, pues no tiene Amor para dar. No ama a los demás, pero tampoco se ama a sí misma. Pero si uno se ama a sí mismo, dar, ayudar, compartir es algo habitual, algo que fluye sin esfuerzo. Uno tiene reservas ilimitadas de Amor, pues está en contacto con la fuente, que yace dentro de uno mismo.

¿Cómo se puede superar el sentimiento de soledad?

Primero hay que aceptarla, pues es nuestra condición intrínseca. Meditar ayuda mucho a hacer las paces con este hecho. Y en esos momentos de soledad podemos desarrollar nuestra creatividad, hacer aquello que nos gusta y nos realiza, dedicarnos a aprender cosas nuevas, y vivirla como una luna de miel con uno mismo. Tenemos que llenar ese vacío con Amor hacia uno mismo. Entonces uno ya no se siente solo, pues disfruta de la propia compañía. En mi libro doy una gran variedad de sugerencias y herramientas para que el estar con uno mismo sea una fuente de placer, paz y alegría.

¿El amor es algo que se aprende?

Absolutamente. Todos nacemos con la capacidad de amar, pero no nos han enseñado a desarrollarla y vivirla de un modo sano, sino todo lo contrario. Nos han inculcado una serie de creencias que nos llevan al dolor, a la dependencia y la carencia afectiva,

y por ende a relaciones enfermizas. Por eso es necesario reeducarnos y descubrir nuevas maneras de amarnos y amar a los demás. En realidad, es un arte, y como tal hay que aprenderlo y practicarlo a diario.

¿Por qué crees que amarnos a nosotros mismos es tan importante?

Por varias razones. La principal es que el Amor es la mayor fuerza que existe en todo el Universo. Sin estar en contacto con él, la vida es opaca, carente de significado, de color y brillo. Sin este Amor hacia nosotros mismos, la vida se puede tornar una pesadilla, pues nos sentimos miserables, carentes, estresados y vacíos. Desconectados.

También es importante pues sólo amándonos a nosotros mismos podemos manifestar relaciones sanas, armoniosas y que nos aporten plenitud y crecimiento. De lo contrario, crearemos relaciones destructivas.

Y en estos momentos de grandes crisis y cambios planetarios que todos atravesamos, la mayor lección, y el mayor reto, es sentir y vibrar Amor, en lugar de miedo. Y para poder hacerlo, debemos encontrar la fuente del Amor dentro de nosotros mismos, para luego, como los rayos del sol, poder irradiarlo en todas las direcciones, a todas las personas, en todas las situaciones que nos presente la vida.”

Sin duda que las opiniones de esta autora, no difiere en nada en lo que la Biblia, nos indica en cuanto a tener una ética del amor a sí mismo, que no puede confundirse con el egoísmo.

Jesús, exhortó a sus discípulos a amar al prójimo como a uno mismo, en su síntesis de los diez mandamientos. (Mateo 22: 34-40). Hay un momento que es necesario amarse a uno mismo, saberse valorar y considerar que se tiene muchos dones por compartir, dados por nuestro Dios para servir a otros. De ahí que el tema del amor así mismo como a los demás, es parte de la ética cristiana del amor.

Es por eso que, a partir de ese amor personalizado en uno, es que podemos tener la capacidad de amar al otro. Sin esta condición es imposible poner en práctica el verdadero amor.

Sin embargo, sucede que muchas veces, queremos ser discípulos del Señor, servir a otros, pero no tenemos un amor propio, una autoestima. Estamos vacíos en nuestro interior, sentimos que la soledad nos abrumba, caminamos sin rumbo, nuestra esperanza se ha desvanecido. Para poder tener la capacidad de amar al otro, es necesario lo que venimos sosteniendo, tener capacidad de amarnos uno mismo, tener una autoestima propia y estar en condiciones de darnos mutuamente.

En las Escrituras existen muchos ejemplos de amor hacia los demás. Tomaremos algunos de ellos, que tienen relación con el amor hacia los demás.

El evangelista Lucas (Lucas 4:14), nos refiere el antecedente de la actividad de Jesús. Su fama se había difundido por todas partes, desde Galilea a todos los confines de la tierra. En ese lugar Jesús lleno del poder del Espíritu de Dios empezó a hacer grandes milagros y enseñaba a la gente acerca del reino de Dios. Estos hechos son el punto de partida de su misión redentora, la muestra de su amor por los demás. Jesús empezó a revolucionar el orden establecido por las autoridades de turno. Su movimiento revolucionario tenía como fundamento el amor, ese amor que proviene sólo de Dios por toda la humanidad, sin ninguna distinción social, racial o religiosa.

En los tiempos de Jesús había muchas propuestas para un cambio de vida y mejoras sociales. Los filósofos tenían su punto de vista y habían escrito grandes obras; los políticos habían establecido un sistema de participación del pueblo en la toma de decisiones; los militares creían que solo las armas eran la garantía de la paz en el orbe; los emperadores o reyes creían que eran iluminados para gobernar con justicia a sus pueblos, ya que se consideraban hijos de los dioses; alguna gente del pueblo consideraba que sólo por la violencia podían reclamar y hacer justicia y mejorar las condiciones de vida del pueblo; aún los religiosos consideraban que el cambio de vida y la transformación del sistema social, estaba en función de la fe y la práctica de la ley. En todos estos planteamientos, había algo que faltaba para que se haga realidad el cambio, eso que faltaba era el amor al prójimo. Si algo nuevo trae Jesús a todo este conjunto de propuestas, es la revolución del amor como fundamento para el cambio.

Es en Nazaret, en la sinagoga, donde Jesús hace su proclama redentora (Lucas: 4:18-21). Él anunciaba a todos lo que el gran amor de Dios realizaría a favor de todos los que eran marginados por el desamor de las personas. Más de una sorpresa habría causado dicha proclama, ya que muchos consideraban que ya se había reformado el orden social, se había introducido nuevos cambios en el ritual del culto, algunas costumbres habían sido modificadas, gracias al sincretismo de la época. Sin duda que todos esos cambios eran buenos aparentemente, pero carentes de amor.

El apóstol Pablo (1 Corintios 13), nos hace reflexionar que de nada vale hacer grandes cosas si en ellas no hay amor. Muchas veces nosotros también somos tentados a hacer cosas que creemos son buenas, pero en lo profundo de nuestro ser, no existe un verdadero amor. Las hacemos para ser notorios, importantes, para lograr nuestros objetivos personales, o lograr cierta fama. Un verdadero discipulado está lejos de tal actitud.

Jesucristo nos da el ejemplo: el amor hacia los demás lleva consigo el arriesgar la vida. Hoy en día, muchos están dispuestos a realizar grandes cosas por otros, pero no son capaces de caminar una milla más, no arriesgan su prestigio, su fama, menos la vida. Él había anunciado lo que realizaría a favor de los pobres, de los enfermos, de los cautivos, de los ciegos y de los oprimidos. Era el anuncio del inicio del año agradable del Señor. Es decir, era la hora del Gran Cambio. Sin embargo, muchos comenzaron a criticarlo, a odiarlo, hasta el punto de querer

echarlo fuera de la sinagoga para tirarlo al abismo. Todos se juntaron contra el Señor de la vida, el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, el amor de Dios hecho realidad.

Por otro lado, el profeta Jeremías (Jeremías 1:1-19), nos anima a no ceder ante las dificultades, el odio, la maldad de los hombres. Hemos sido llamados por el Señor para seguir proclamando Su Palabra y haciendo realidad el gran amor de Dios para todos. ¡No teman, el Señor está con nosotros!

Es cierto que nuestra sociedad necesita cambios radicales, la iglesia tampoco escapa de esta realidad. El mundo se ha preparado para hacer grandes cambios, serán buenos estos cambios en la medida que estén impregnados del amor de Dios. Hoy los políticos prometen grandes cambios en la vida social, cultural política y económica del país, para lograr el bienestar común de todas personas. Esta situación no es nueva, siempre han prometido cosas y lo seguirán haciendo en sus campañas electorales.

Las palabras de Jesús y del apóstol Pablo siguen vigentes en todo aquello que queremos realizar o cambiar. Sólo así el cambio será real y justo.

El discipulado no es sólo un llamado personal, sino que tiene trascendencia universal, implica una entrega, un sacrificio, un costo, tal como lo hemos venido diciendo.

II. ACCIONES NECESARIAS EN EL DISCIPULADO

El proceso completo de discipulado presupone etapas en su desarrollo. Una primera etapa es el reclutamiento, la segunda etapa es el cuidado, la tercera etapa es la formación, y por último, la cuarta etapa es el envío. Se realiza esto a través de cuatro acciones básicas: ganar, consolidar, discipular y enviar.

Otro asunto importante en las acciones necesarias en el discipulado es el establecimiento de las llamadas células, o grupos de pacto, o pequeños grupos.

A. Proceso del discipulado cristiano

1. Ganar. Es el primer paso en el proceso del discipulado. Corresponde al momento en que Jesús empezó invitando a algunos a seguirlo o motivando a otros a seguirlo a través de su enseñanza, predicación y señales (milagros, curas y liberaciones). El ganar es el acto de invitar a personas a aceptar a Jesucristo como su Señor y Salvador, y luego ser parte de Su rebaño.

El testimonio personal es muy importante para poder impactar a otros. Se debe establecer vías de contacto con personas no convertidas, para dar a conocer la palabra de Dios. A esta etapa se le denomina como el proceso de evangelización. Se debe aprovechar las oportunidades cotidianas que tenemos de convivencia con personas no convertidas, para transformarlas en contactos evangelísticos, como hizo Jesús. Debemos tener el cuidado de no tornarnos

fastidiosos queriendo doctrinar o predicar a los otros. De ahí que, el testimonio es lo que habla más alto. Predicamos con la vida y, usamos las palabras.

Luego de establecer esos contactos, invitamos a las personas a participar en una célula evangelística (estructura la cual hablaremos más adelante). Es bueno tener en cuenta lo siguiente: antes de invitar a las personas para la célula, se debe invertir un tiempo en oración por ellas. Orar para que haya una acción previa del Espíritu Santo en la vida de esas personas, preparándolas para que acepten la palabra de Dios. Ese tiempo de oración por las personas, es decisivo para su conversión. Es algo obvio, pero muchos no lo hacen o lo hacen sin convicción, solo por hábito.

Es muy importante tener en cuenta, la manera cómo se trata a las personas para predisponerlas a que acepten la invitación de participar en la célula. Valorícemos a las personas, tratémoslas con consideración y con respecto, ayudémosles desinteresadamente en pequeñas cosas, tengamos por objetivo hacer que las personas se sientan especiales cuando están con nosotros. De alguna manera, esa actitud las motivará a aceptar la invitación.

Se debe tener en cuenta, que, en el primer momento, cuando el discipulado está siendo implantado en la comunidad, podemos agregar poco a poco en los grupos a los miembros de la iglesia, pero no olvidar que el objetivo mayor es generar discípulos, y no transformar miembros de la iglesia en miembros del grupo.

2. Consolidar: Corresponde al cuidado que debemos tener con la persona que ha hecho su decisión por Cristo. Consolidar es el acompañamiento que se da al nuevo convertido hasta que esté afirmado/a en Cristo. Consolidar es afirmar el fruto para que él crezca con calidad. De ninguna manera, el nuevo creyente debe quedar en el olvido o abandonado.

En la consolidación, aplicamos la siguiente metáfora: es nuestra responsabilidad evaluar si la tierra tiene la buena condición para que la semilla crezca y fructifique, si la siembra fue bien hecha, o si la semilla cayó en otro lugar sin posibilidad de germinar; o sea, entendemos que nuestra responsabilidad no es sólo lanzar la semilla, sino, acompañar el desarrollo de la semilla hasta que germine.

En esta etapa, debemos tener en cuenta que luchamos para llevar las personas de las tinieblas a la maravillosa luz del Señor, y que, en ese proceso, el príncipe de las tinieblas usará todos los recursos de que dispone para no permitir que las personas sean liberadas de sus garras; por eso, después que decidieren entregar sus vidas a Jesucristo, más que nunca las personas necesitarán de apoyo y cuidado para resistir y quedarse firmes ante las astutas emboscadas del enemigo.

En conclusión; la consolidación empieza con la decisión de la persona por Cristo y va hasta que ella esté firme. La consolidación bien hecha determina que el fruto germine y crezca con calidad

3. Discipular: En esta etapa, el discipulado no es un mero concepto, es la puesta en acción. Discipular es un compromiso de por vida, es invertir nuestro tiempo en favor de otros, para que crezcan en Cristo, y que también puedan transmitir a otros las Buenas Nuevas del Señor. Discipular es formar líderes con el carácter de Cristo.

Discipular exige dedicación de tiempo, talentos, dones y recursos que Dios nos ha dado para el desarrollo de las personas. De ahí que, el discipulado no se puede realizar con un gran número de personas, lo ideal es tener grupos o células de diez a doce personas, no más que eso y ni mucho menos.

Los nuevos discípulos empiezan a hacer parte de nuestra vida personal. Serán las personas que invitaremos a que vengan y vean donde se reúne el grupo o célula. La idea es que sean futuros líderes, por eso necesitamos cuidar para no elegir el grupo de discípulos errado. Sin embargo, existe la idea que se debe trabajar solo con los que quieren ser discípulos. Pero, la verdad es que no siempre, quien revela el deseo de ser discípulo está dispuesto a pagar el precio para crecer. De ahí que, se necesita escoger entre los que fueron llamados (los que fueron ganados) y los que irán a discipular. Para eso, hay que hacer una selección.

En el discipulado, como en la vida, la enseñanza ocurre a través de modelos referenciales. Para que aquellos que discipulamos puedan crecer en Cristo tenemos que tornarnos modelos que ellos puedan imitar. Debemos poder hablar como Pablo: sed mis imitadores, como lo soy de Cristo. Ellos van aprender por el ejemplo y no por la conversa. Ese es el mayor desafío en el discipulado para aquellos que pretenden discipular, tendrán que sacrificarse para que los discípulos que están bajo su responsabilidad también sean santificados en la verdad.

Antes de enseñar y mandar los discípulos a discipular, es necesario realizar prácticas para que ellos vean como se hace. El proceso de enseñanza y formación en el discipulado ocurre de manera vivencial de acuerdo con las siguientes etapas:

- 1º) Explicar lo que se va a realizar;
- 2º) Realizar juntos las prácticas y absolver las preguntas o dudas;
- 3º) Ellos practican, vemos cómo están haciendo las prácticas, los motivamos, corregimos si es necesario, enfatizando lo que es importante en lo que hagan;
- 4º) Ellos hacen, los acompañamos, nosotros evaluamos juntos lo que fue hecho y corregimos lo que sea necesario;
- 5º) Ellos son enviados a discipular, solos.

Puede ser que una etapa necesite ser practicada varias veces antes de pasarse a la próxima etapa, el envío.

4. Enviar: En esta última etapa, hay que tener cuidado de no aplazar demasiado el envío y perder el mejor momento de fructificación de las personas.

Cuando Jesucristo eligió los apóstoles para estuviesen con Él, ellos tenían cerca de un año y dos meses caminando con Jesús, y cuando Jesús empezó a enviarlos para predicar fue poco tiempo después de eso, ellos todavía no comprendían muchas cosas, no entendían las palabras de Jesús, pero, ya estaban predicando, curando, liberando y bautizando; a menudo fallaban, pero, estaban prosiguiendo, creciendo y aprendiendo.

Muchas veces nos preocupamos por cuánto saben las personas, o si son elocuentes y carismáticas para enviarlas a discipular. Eso es un error, pues lo que Dios valoriza es el carácter, la disposición de la persona. Él es el que elige y envía. Cuando enviamos, las personas no serán perfectas, necesitarán seguir creciendo; pero, si están dispuestas a cumplir con la Gran Comisión, el Señor estará con ellos y la tarea será cumplida. No olvidemos que Pedro le negó tres veces y antes había golpeado violentamente con la espada a un soldado; los discípulos en el camino de Emaús tenían muchas incertezas y dudas, tantas que aún trataban a Jesús solamente como un profeta (Lucas 24:19), ellos seguían siendo necios e incrédulos (Lucas 24:25, 38 y 41), estaban con miedo y por eso, en ese momento decisivo y tenso del plan de Dios, Jesús se retira y envía a esos amedrentados e incrédulos para que lideren a los demás.

El mejor momento para que las personas sean enviadas a testimoniar es cuando la experiencia con Cristo está viva y fresca en sus mentes y corazones, es cuando están apasionadas por Jesús, pues su pasión toca las personas y las estimula a procurar conocer, ya no por curiosidad, sino por convicción. Las personas que hacen discípulos, testimonian en sus círculos de relacionamientos normales: escuela, sitio de trabajo, amigos, barrio, familia, parientes. Ellos no son enviados para testimoniar solamente en eventos programados de evangelismo, sino, que son estimuladas a ser testigos y hacer discípulos en la vida, por donde van, donde conviven, y su convivencia, es básicamente con los no convertidos, pues ese es el momento más fructífero.

A. La importancia de las células de discipulado

1. Concepto de célula. La célula es una estructura grupal, que sirve de ayuda para desarrollar las acciones de ganar y consolidar. Esta estructura la encontramos en la vida de los primeros cristianos. Las reuniones eran en las casas o cuevas. No todos se reunían en solo lugar, lo hacían mediante grupos pequeños. En esa estructura se realizaba el discipulado (Hechos 2:41-47; 4:32-37). Esta práctica se desarrolló a través del tiempo.

En el siglo XVIII, John Wesley desarrolló la experiencia de los pequeños grupos para el discipulado. El avivamiento metodista tomó una forma concreta cuando John Wesley, a partir de 1742, organizó a los convertidos en grupos -que llamó "sociedades", "clases" y "bandas"- donde buscaban conservar su fe, su nueva forma de vida, y mantenerse en el camino hacia la santidad. En este sentido, Wesley fue un verdadero pionero de la evangelización a través de los grupos pequeños. Fue el precursor del movimiento celular. Hacia fines del siglo XVIII, el

metodismo había desarrollado más de diez mil grupos celulares, llamados “clases” o “reuniones de clase”.

Hoy en día, estas experiencias organizacionales del discipulado reciben el nombre de células o grupos pequeños. Esta es la terminología que usaremos.

La célula tiene dos objetivos principales:

1°) Despertar a la persona para la palabra de Dios (la Biblia);

2°) Ayudar a las personas a desarrollar relaciones.

El estudio en la célula no debe pasar de una hora (tiempo máximo) y debe ser simple y relevante a punto de impactar al nuevo creyente que llega para participar de la célula. Muchas veces la persona que llega piensa que la Biblia no tiene en cuenta lo que sucede en su vida. Otros quieren conocer más de la Biblia.

Cuando la persona es despertada y se interesa por conocer más acerca de Dios y de Su palabra, la persona que la invitó a participar de la célula tiene la responsabilidad de, como testigo de Jesús, llevarla a conocer a Jesucristo y recibirlo como Señor y Salvador de su vida. Si la persona que la invitó es nueva y no tiene condiciones para eso el líder de la célula es quien asume esa responsabilidad.

El líder de la célula debe hacer que se desarrolle una atmósfera informal, amigable y cómoda, facilitando el desarrollo de las relaciones. Hay que tener en cuenta que, si las personas no logran desarrollar de tres hasta cinco relaciones de amistad en los grupos que participan, ochenta y siete por ciento de las personas no permanecerán en ese grupo, por más que les guste la estructura del grupo; o sea, por más que les guste la iglesia, la alabanza, el sermón, la estructura del servicio de culto, el templo; si las personas no desarrollan relaciones no permanecerán en la célula.

De ahí que, el objetivo de la célula, es ayudar a las personas a desarrollar relaciones de amistad. Cuando vienen a participar del culto en la iglesia, ya vienen con vínculos formados, y es así que el noventa por ciento permanece en la célula y en la iglesia.

2. Organización. La célula está compuesta por diez a doce personas. Cuenta con un líder. La reunión de la célula es semanal y dura aproximadamente una hora. La célula se reúne en una casa u otro lugar. Es bueno que, entre los participantes, se elija un tesorero, para administrar las ofrendas. La estructura básica de una célula es:

a) **Romper Hielo:** Esta actividad dura de cinco a diez minutos. Es el inicio de la reunión. El tema a tratar es introducido a través de una charla informal o de una pregunta direccionada a los participantes.

b) **Estudio del texto:** El estudio bíblico dura de diez a treinta minutos. Los líderes reciben una hoja con el esbozo del estudio que deben ministrar y siguen la guía. Reciben ese estudio de sus líderes en la célula de discipulado. La estructura del estudio es simple y debe ser ministrada en un lenguaje sencillo

accesible al nuevo creyente que llegó a la célula. Debemos tener cuidado con las expresiones que sólo tienen sentido para los que son creyentes. El lenguaje debe ser accesible a cualquier persona.

c) **Llamamiento:** Todo el estudio termina con un llamado. Normalmente el llamado está dado en la conclusión del estudio.

d) **Tiempo de oración y cierre:** Tiene una duración de cinco a quince minutos. Durante este período se ora por los pedidos hechos por los participantes, se testimonia sobre las respuestas recibidas y, por la silla vacía (estrategia para motivar a los participantes a invitar a otros). Después de la oración se da por terminada la célula.

3. Propósito. Dentro los propósitos de la célula, veremos tres, que son los más importantes.

a) Crecimiento espiritual (Fundamentos de la fe). Se enseña acerca de las doctrinas bíblicas e informaciones básicas sobre la fe, para que el nuevo creyente pueda correr bien la carrera cristiana. Se dan lecciones sobre temas como el pecado, el arrepentimiento, la fe, la oración, la Biblia, la santidad, la gracia, la obra redentora de Jesucristo, el plan de salvación, el amor al prójimo, entre otros. El objetivo de las clases no es agotar un tema, sino dar al nuevo creyente las informaciones básicas sobre temas esenciales que le ayuden a proseguir la carrera cristiana y crecer en estatura y en gracia delante de Dios.

El cuidado que se debe tener es no dar demasiadas informaciones, e innecesarias, en ese período, que no motivan al nuevo creyente a la práctica de la Palabra, haciendo de él un religioso informado y no un verdadero discípulo de Jesús. Tenemos que vencer la tentación de "profundizar" el tema dando informaciones que no ayudan a la persona a una acción cristiana. Recordar que el objetivo no es sólo enseñarles a decir: "Señor, Señor", sino motivarlos a hacer la voluntad del Padre (Mateo 7:21); es decir, el objetivo es hacer de ellos discípulos que generen otros discípulos de Jesús. La profundización sucede en el día a día de la vida cristiana con el ejemplo y el acompañamiento de un discipulador.

b) Crecimiento emocional (Cambio de actitud para la transformación). El crecimiento emocional es el proceso de desarrollar y expandir nuestra capacidad emocional. Implica aprender cosas nuevas sobre nosotros mismos y fortalecernos emocionalmente. Los beneficios del crecimiento emocional son enormes. Aquellos que han dominado el crecimiento emocional pueden vivir vidas más felices y satisfactorias. Experimentan menos estrés y ansiedad, y son más capaces de manejar mejor las relaciones.

El crecimiento emocional es importante por muchas razones, tanto a corto como a largo plazo.

A corto plazo, el crecimiento emocional puede conducir a una mejor salud mental, física, y espiritual, una mayor productividad y una mejor toma de decisiones. A largo plazo, puede conducir a relaciones más saludables, mayor satisfacción con la vida y una perspectiva más positiva sobre el envejecimiento.

Durante la historia bíblica constantemente vemos a diversos autores identificarse cómo se sienten. Algunas de estas emociones expresadas son la ira y el coraje. Es común que durante estos tiempos de cambio se pueden experimentar sensaciones de frustración, miedo, duda e incredulidad inclusive. Por tanto, como creyentes no debemos negar que muchos hermanos en la fe, incluyéndonos, pudiéramos estar experimentando estas emociones. Invalidarlas o no dar espacio para identificarlas, podría ser perjudicial para aquellos que las están experimentando.

Hay situaciones inesperadas, cambios o eventos de crisis, que se experimentan y que puede llevar al cuestionamiento de la fe. Esta situación, en ocasiones, es una respuesta ante un escenario nuevo o inesperado. Utilizar frases como: "no tienes suficiente fe" o "no tienes confianza en el Señor", provoca reacciones adversas a la fe. Por esta razón, como iglesia debemos ser abiertos al cuestionamiento y no negar esta realidad de los que integran la célula.

Ahora bien, qué podemos hacer en los momentos difíciles.

El evangelio tiene mucho que brindarnos en situaciones como las que estamos atravesando. Nos dirige a vivir para Dios, mientras vivimos para otros, aún en las dificultades. Aquí algunos principios que nos pueden servir para este propósito:

- Mostrar la esperanza del evangelio. - El evangelio nos recuerda el reinado de Cristo. A pesar de la situación que estamos atrayendo se nos recuerda que un día la humanidad y la creación serán redimidas. Cristo sigue en control y reinando a pesar de lo que estemos pasando percibimos. (Romanos 12:12).
- Actuar con amor y misericordia. - mostrar un amor sacrificial en todo momento, mostrar empatía y actuar con amor al prójimo, en especial, al necesitado. La iglesia debe ser un ente que muestre misericordia y consuelo por las personas que están atravesando alguna dificultad. (Santiago 2:8)
- Brindar compañía. - La iglesia puede mostrar solidaridad y mantener comunicación con los procesos de duelo, soledad, enfermedad o cualquier otra situación difícil. (Salmo 133).
- Ayudar al necesitado. - La comunidad de fe puede contribuir en las necesidades financieras o alimentarias a personas que no cuenten con los recursos. (Hechos 4:32-37; 20:35).
- Rememorar el sacrificio de Jesús. - Es recordar que Cristo venció a los enemigos más grandes del ser humano: el pecado, la muerte y nuestro adversario. A través de los que confían en Él, se ofrece salvación y alegría en su reinado. (Juan 3:16).
- Esperar en Dios. - Esperar en Dios está de acorde con la providencia y soberanía de Dios. El sigue teniendo control de los eventos y la historia de la humanidad. La iglesia puede confiar en sus planes bondadosos y reposar en su fidelidad a su pueblo. (Salmo 32:10).

Los nuevos creyentes que llegan a la célula, vienen con una serie de problemas emocionales, que les impide vivir en plenitud, con gozo y alegría. En la célula se debe ayudar a los nuevos creyentes a cambiar de actitud para lograr una transformación personal y de su entorno, familiar y social.

c) Crecimiento solidario (Listos para servir). El crecimiento solidario, es la puesta en práctica de la palabra de Dios. En la célula, se debe enseñar acerca de la solidaridad. Es el espacio ideal para poner en práctica nuestra solidaridad con nuestro prójimo, en especial, con los marginados, con los que sufren, con los que están enfermos, con los que no tienen para comer, con los que son violentados. Es bueno tener en cuenta que muchos llegan a la célula con un espíritu egoísta, individualista, faltos de amor. Es ahí donde se les debe enseñar lo que dice la palabra de Dios al respecto y tener en el seno de la célula un espíritu solidario entre los mismos integrantes de la célula. La solidaridad nos brinda apoyo emocional y compañía cuando nos conectamos con otras personas. La solidaridad también nos permite trabajar juntos por objetivos comunes para que podamos lograr más de lo que cualquier individuo puede lograr. La solidaridad cristiana es un tema importante del Nuevo Testamento (Romanos 15:5–6; Filipenses 2:2). La solidaridad cristiana debe surgir de nuestra adhesión a las enseñanzas de Jesús (Lucas 10:25-37). Nuestra solidaridad y amor los unos con los otros demuestran el amor de Dios al mundo.

En los tiempos de Wesley, cuando había una necesidad entre los integrantes de las clases, se recogía una ofrenda para ayudarles. En otro caso, se daba un préstamo al que estaba pasando por una situación económica difícil, para ser devuelto en un tiempo determinado.

Como creyentes en el Señor, debemos estar siempre listos para servir, en todo tiempo y lugar.

CONCLUSIÓN. -

La tarea del discipulado no es solamente para celebrar la victoria de Jesucristo sobre la muerte y el pecado, sino que tiene que ver con un encargo dado para una tarea especial. Jesucristo nos convoca a ser sus discípulos y nos encargamos de la salvación del mundo por parte de Dios y nos promete su amistad y compañía permanente, ahora y siempre. David Lowes Watson, en su libro "Discípulos Responsables" (10) señala que

“somos herederos con Cristo, siempre y cuando suframos con Él, para que podamos ser glorificados con Él. La victoria de Cristo sobre el pecado no ha llegado a su fin, por lo que quienes aceptan su llamado al discipulado tienen que estar listos para una lucha consigo mismos y con el mundo.”

Como discípulos de Jesucristo se nos llama para compartir esa labor y ese sufrimiento. En Cristo hemos hallado el perdón y la reconciliación personal, pero la consecuencia de esto es un discipulado que nos devuelve al mundo, donde nuevamente somos confrontados por las realidades del pecado, del sufrimiento y la maldad, inclusive nuestros propios pecados.

Ante esta situación, siempre hay una tentación de huir de este compromiso, y tendemos a retirarnos espiritualmente del mundo, para refugiarnos en la iglesia y así poder disfrutar nuestra nueva relación con Dios. Hoy en día, hay muchos de esos refugiados en muchas iglesias; gente que sólo prefiere reunirse cómodamente con algunos hermanos en la iglesia como un medio de huir de la realidad de un discipulado doloroso. Muchos de ellos olvidan que "el mundo es la esfera de la salvación de Dios, y los discípulos del Salvador deben unírsele doquiera Él esté laborando" (David Lowes). Más aún, es bueno recordar que las palabras de Juan Wesley: "El mundo es mi parroquia".

A manera de conclusión podemos tener en cuenta la cita bíblica tomado por Dietrich Bonhoeffer, en su libro "El Precio de la Gracia" (11): Mateo 7:24-29.

NOTAS. -

- 1 www.significados.com/integridad
- 2 Uribe Solis, María de los Ángeles, "La Integración Humana en la Vida Consagrada", Tesis para el grado de Magisterio, Pontificia Universidad Gregoriana, Instituto de Ciencias Religiosas, Roma-2008, pp. 31-32.
- 3 Uribe Solis, pp.39-39.
- 4 Desarrollo Cristiano.Com, www.desarrollocristiano.com/articulo.php?id=105
- 5 Campos Leite, Nelson Luiz; Siqueira Da Silva, Emanuel Adriano, "El Carácter del Cristiano", Biblioteca Vida y Misión, IMP, s/f.
- 6 Hull, Bill, El Libro más completo del Discipulado, Obrerofiel, Dallas, Texas, USA, 2010, pp. 8-9.
- 7 Bonhoeffer, Dietrich, The Cost of Discipleship, New York, USA, Mc Millan, 1937, p.64.
- 8 Hull, pp. 20-21.
- 9 www.amarseaunomismo.com/el-amor-de-tu-vida
- 10 Watson, David, Discípulos responsables, Discipleship Resources, Nashville, USA, 1986, p.8.
- 11 Bonhoeffer, Dietrich, El Precio de la Gracia, Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1968, pp. 215-216.

BIBLIOGRAFÍA

1. Libros

- Atkins, Martyn, Discipulado...y el pueblo llamado metodista, Methodist Church in Britain, 2010, UK.
- Bonhoeffer, Dietrich, El Precio de la Gracia, Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1968; The Cost of Discipleship, New York, USA, Mc Millan, 1937.
- Campos Leite, Nelson Luiz; Siqueira Da Silva, Emanuel Adriano, "El Carácter del Cristiano", Biblioteca Vida y Misión, IMP, s/f.
- Hull, Bill, El Libro más completo del Discipulado, Obrerofiel, Dallas, Texas, USA, 2010.
- Obras de Wesley, Wesley Heritage Foundation, Tennessee, USA.

- Santa Biblia, Reina Valera, Sociedades Bíblicas Unidas, Corea 2011.
- Watson, David Lowes, Discípulos Responsables, Discipleship Resources, Nashville, USA, 1986.

2. Links

- Desarrollo Cristiano.Com, www.desarrollocristiano.com/articulo.php?id=105
- Uribe Solis, María de los Ángeles, SGCS, La integración humana en la vida consagrada, Tesis para el grado de Magisterio, Pontificia Universidad Gregoriana Instituto de Ciencias Religiosas, Roma, 2008.
- <http://www.scribd.com/doc/36424935/Integracion-humana-en-la-vida-consagrada#scribd>
- <http://www.psicothema.com/psicothema.asp?id=248>
- <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100417>
- www.significados.com/integridad